

CONTENIDO:

	<i>Página</i>
++ EDITORIAL	1
++ EL PENSAMIENTO DE ROLAND ALLEN	3
++ LA CONFESION DE AUGSBURGO Y LA IGLESIA CATOLICA APOSTOLICA ROMANA EN AMERICA LATINA	12
++ LA IGLESIA - UNA COMUNIDAD EN COMPROMISO	20
++ CONSULTORIO PASTORAL	26
++ CARACTER TIPICO DE MOISES	30
++ LITURGIA	32
++ SERMONES PARA NIÑOS	36

Año 30 N° 121 9/1985

CONSULTORIO

PASTORAL

A propósito del Lema 1985 de la I.E.L.A.:
"Cristo en la familia..."

CORAJE PARA AMAR

¡Título raro para una reflexión: Coraje para amar! ¿Tendrá algún sentido hablar acerca de este tema? ¿Acaso hace falta coraje si se ama a una persona, o para amar a una persona?

Piense en una escena común y corriente: nos encontramos con alguien que viene acompañado de una persona del sexo femenino, y al presentárnosla dice: "Le presento a mi amiga", o, con un aire un poco más elegante, "mi pareja". Ya sabemos entonces: estos dos viven en una relación que se parece a un matrimonio sin serlo de verdad. O esa chapita con dos nombres junto al botón del timbre de un departamento: muy raras veces es un indicio de que allí vive también la abuela; mayormente se trata de dos personas jóvenes con con-viven sin estar casadas. A esta gente le falta el coraje para amar.

¿A qué me refiero con esta observación?

Si me entero de que dos jóvenes de nuestra congregación están por comprometerse, los invito a los dos para una charla en mi casa. Y de entrada nomás les hago la pregunta: "¿Así que ustedes esperan en realidad que el uno lo podrá aguantar al otro por toda la vida?" A esta pregunta le sigue mayormente una breve pausa, y una sonrisita un tanto desconcertada: en realidad, nunca se les había ocurrido enfocar desde esta perspectiva su compromiso y su futuro matrimonio. Y todas las veces se nos ofrece con esto el punto de partida para una conversación útil que ataca valientemente la raíz del problema. Por supuesto: mi pregunta no tenía por motivo confundir o "desestabilizar" a mis jóvenes interlocutores; sólo la hice para indicarles que para amarse de veras se necesita una buena medida de coraje.

Creo que no hace falta describir qué es esto: amar a una persona. Presenta las más diversas facetas: va desde el simpatizar con ella, encontrarla atrayente, congeniar con ella, hasta la pasión ardiente y la rendición total; desde el grosero deseo de poseer, hasta la sublimación poética de ese otro ser. Leí una vez, no recuerdo dónde: "Me gusta tanto la manera como crece su cabello" -y me pareció una maravillosa declaración de amor.

Donde el amor va por este carril, es cosa fácil y natural aceptar al otro tal como es, sin reparos, de pies a cabeza, por decirlo así. Y no sólo es fácil, sino que es lo más bello y lo más apetecible que hay en el mundo. Pero, ¿qué pasa cuando el fuego de la pasión se va entibando ante la fría realidad del diario trajín; qué pasa cuando de pronto uno nota también los defectos del otro, y se siente molesto y hasta herido a causa de ellos; qué pasa cuando comienza a disminuir la atracción erótica que ejerce el otro? Esta es la situación que infunde temor a la gente que mencioné al principio; y ante ese temor, prefieren una unión por tiempo limitado. Así, creen ellos, queda a salvo la libertad personal de cada uno, y se le da la oportunidad de disolver una relación que ya no va más.

No piensan en que lo que parece una simple ruptura de relaciones, causará un serio sufrimiento por lo menos a una de las dos partes, si no a ambas. Literalmente, algo "se rompió" en su vida; pues también una relación de esta índole condujo a que los dos se hayan hecho "una sola carne", según la terminología que la Biblia usa para esposo y esposa. De hecho, los dos cuerpos y las dos almas han llegado a constituir una unidad, y ya no están libres. No; en esto no piensan; y para poder mantener su presunta libertad, la única posibilidad la ven en la unión temporaria. Falta el coraje; el coraje de decirle a su pareja un "Sí" sincero y claro, ante Dios y los hombres. Dicho sea de paso que, frecuentemente, uno de los dos abriga en su corazón el vivo deseo de casarse de veras, pero por consideración al otro no se atreve a manifestarlo en voz alta.

Naturalmente, toda relación implica un riesgo, cuánto más la relación matrimonial de por vida. Naturalmente, nadie sabe qué le espera a él o a su pareja, cómo se desarrollará la personalidad de ambos, con qué tendrá que habérselas en el futuro. Siendo así las cosas, en verdad se necesita coraje para amar: coraje para aceptar al otro incondicionalmente; coraje para darle en público la promesa de amarlo y honrarlo "hasta que la muerte nos separe"; coraje para encarar junto con el otro todos, insisto, todos los problemas, y solucionarlos en conjunto, o si no se les encuentra solución, padecerlos juntos.

Coraje para amar: donde no se lo tiene, falta ya desde el comienzo

inmediatamente tan instantáneo -y quizás ni siquiera se trate de amor, sino de un mero amorío, de una emoción pasajera, o lisa y llanamente de un ansia de posesión. Falta la confianza sin reservas y recíproca; falta la seguridad incondicional que un cónyuge le ofrece al otro; falta la inconfundibilidad y claridad propias del amor genuino.

No cabe duda: se necesita coraje para amar. De lo contrario, muy posiblemente lo del amor sea una ilusión. Pero ¿cómo hacer para reunir este coraje, para enfrentar el riesgo con los ojos abiertos, y no obstante, decir "SÍ" al otro con entera franqueza? ¿Habrá alguna pareja que se sienta capaz de enfrentar todos estos problemas?

Coraje para amar tendrá aquel que reconoce y admite que las emociones están expuestas a alteraciones y altibajos. Sencillamente, al cabo de 20 años de matrimonio, los sentimientos entre esposo y esposa ya no son los mismos que antes. No es que se hayan esfumado, pero son diferentes. Por eso mismo, la vida del otro no debe depender de las emociones incontrolables del uno; hay que ofrecerle más seguridad. Consciente de ello, uno sentirá una responsabilidad para con el otro. O dicho de otro modo: por amor, uno toma coraje para asumir una responsabilidad consciente para con el otro.

Coraje para amar tendrá, además, aquel que sabe algo de la fe y confianza cristiana en el amor de Dios. El que se reconoce a sí mismo como hombre débil y falible, y a pesar de esto -o precisamente por esto- amparado por el amor de Dios; el que experimentó en carne propia qué es perdón: el tal puede regalar a su cónyuge algo más que sentimientos. Puede transmitirle el amor de Dios. Puede acercársele con afectuosa comprensión y con espíritu perdonador, aun cuando la gran pasión se haya desvanecido. Puede considerar la presunta "carga" de una permanente responsabilidad por el otro como base ideal para una convivencia realmente buena y durable. Puede llevar esta carga gustosamente, porque ama a su cónyuge, y porque sabe que la vida en común de ambos "está escondida con Cristo en Dios" (Col. 3:3).

Así es como la pareja cristiana -y esto es el resultado al que invariablemente llegamos en estas charlas prematrimoniales- así es como la pareja cristiana cuenta con mejores posibilidades para su matrimonio que la pareja no cristiana: no se guían sólo por sus sentimientos ni dependen sólo de sus propias fuerzas, sino que tienen un fundamento común que les es "donado" desde fuera: el fundamento del amor de Dios en Cristo Jesús.

El coraje para amar es por lo tanto un requisito indispensable. Amor sin responsabilidad no pasa de ser amorío. Asumir responsabilidad requiere coraje. Y sobre la base del evangelio podemos armarnos, con la ayuda de Dios, de este coraje.

Los cristianos no son personas mejores que los demás -aunque deberían serlo. Pero su fe les abre nuevas fuentes de energía, además de sus propias fuerzas. Y por su fe tienen también una diferente orientación: lo que más importa ya no es el YO sino el TU. Es lo que suele llamarse "amor al prójimo". Gracias a esa nueva orientación hacia el otro, y a las facultades que les da su fe, los cristianos tienen -lo repito- mejores posibilidades de que su matrimonio resulte exitoso, y por eso mismo pueden reunir también el coraje para amar.

¡Tan grande es, en realidad, el poder y la importancia de la fe! En el matrimonio, como en toda otra relación inter-humana, el problema más arduo es el de frenar en todo lo posible el egoísmo, la pasión de mando y el espíritu de contradicción, y de respetar, en cambio, la manera de ser del otro. En el cenit del amor romántico, toda va bien. Pero cuando se produce un bajón, cuando el uno ya no es para el otro lo más caro que hay en el mundo, vuelve a abrirse paso el autoritarismo y el egoísmo. Aparecen las agrias discusiones, las riñas, factores todos que conducen a un paulatino distanciamiento entre la pareja. Todos sabemos lo fuerte, o mejor dicho lo débil que es el sentido común cuando se trata de lograr una reconciliación. Pero el que en tales circunstancias es consciente de que ha contraído una responsabilidad ante Dios, y que por causa de Cristo puede contar con el perdón y el amor de Dios -como igualmente puede hacerlo la otra parte- éste se atreverá también a pedir perdón a su consorte, a prometerle que se corregirá, y a aceptar las promesas en igual sentido que le hace su pareja. Y ahora, los dos están en una relación nueva y distinta uno con el otro, que los capacita para ejercer un activo amor al prójimo, más fuerte que su ya algo enfriado amor conyugal. Y cuando esta base común brindada por la fe está dada ya desde el comienzo, y aceptada y afianzada siempre de nuevo, entonces el coraje para amar se producirá de una manera totalmente espontánea, y el coraje para encarar el riesgo de una unión de por vida se caracterizará por una aceptación afectuosa y estable del otro tal como es. El coraje para amar ya no será un problema, sino el correcto y buen requisito previo y el acompañamiento para el amor y para la vida en común de dos personas.

Pastor Hartmut Hauschild
"EVANGELIUM", N°2/1985
Traducido por E. Sexauer

* * * * *
* * * * *
* * * * *